

El otro espejo enterrado: *Representaciones de México en la historiografía de Estados Unidos*¹

Pedro L. San Miguel²

Del concepto *México*

En el latinoamericanismo estadounidense, el término *México* ha operado de acuerdo a lo que Reinhart Koselleck denomina un *concepto*, que, según él, es un término que «unifica en sí la totalidad del significado» ya que contiene «algo más que una simple descripción o denotación».³ Trocado en concepto, el nombre propio de cualquier nación, país o sociedad, como *México*, trasciende su mera función enunciativa, esa que según Michel Foucault constituye el uso fundamental y primigenio del lenguaje: «denominar las cosas, [...] nombrarlas, [...] designarlas como si se señalaran con el dedo, por lo que su representación [...] no implica un juicio de valor ni un veredicto».⁴ El *concepto*, por el contrario, cancela la amplitud de sentidos que carga un vocablo debido a que enmarca o encierra una determinada realidad, confiriéndole significaciones restringidas, circunscritas y generalmente recelosas o prejuiciosas.

¹ Conferencia Magistral pronunciada en la Academia Dominicana de la Historia, 23 de mayo de 2018.

² Profesor jubilado Departamento de Historia, Universidad de Puerto Rico-Río Piedras

³ Koselleck, *Futuro*, 1993, 117 y 206.

⁴ San Miguel, *Crónicas*, 2016, 117, siguiendo a Foucault, *Palabras*, 1985.



Esa práctica discursiva es extensiva al término *América Latina*. De hecho, fue nodal en la institucionalización de los Estudios Latinoamericanos (*Latin American Studies*) en Estados Unidos, lo que formó parte de la entronización en la Academia de los «estudios de área» (*Area Studies*), derivados de la necesidad de contar con criterios para preservar los intereses de la nación en los ámbitos internacionales.⁵ De tal forma, las Ciencias Sociales debían contribuir a lograr tal objetivo, aunque, paradójicamente, se esperaba que ellas generaran saberes científicos, por ende, no ideológicos. La Historia, que desde el siglo XIX aspiró a ser una disciplina científica, se amoldó a esas corrientes. Pero el caso es, como ha indicado Roland Barthes, que «no hay ninguna antipatía entre el realismo y el mito».⁶ Por eso se puede afirmar —parafraseando al mismo Barthes— que la «escritura realista» de la historia, pese a sus pretensiones, «está muy lejos de ser neutra [y que], por el contrario, está cargada de los signos más espectaculares de su creación».⁷ Tales signos son perceptibles en la historiografía estadounidense, pese a los cambios teóricos y epistemológicos por los que ha transitado desde mediados del siglo pasado.

Sobre el particular, la década de 1960 fue crucial ya que entonces se renovaron los fundamentos de la disciplina de la Historia en Estados Unidos. Esas modificaciones comenzaron en la década previa, cuando se fue resquebrajando la «teoría del consenso», concepción acerca del pasado estadounidense que había imperado en la Academia y la vida pública. La idea del consenso normaba la práctica y la escritura de la historia ya que establecía los límites de lo plausible acerca del pasado de la nación.⁸ Además, regía las ideas y las disquisiciones que se elaboraban en Estados Unidos acerca de América Latina y, por extensión, de ese conjunto de países llamados Tercer Mundo. Durante la segunda posguerra mundial esa concepción fue atizada por la Guerra Fría. De tal forma, los espectros del antiimperialismo, el anticapitalismo, el nacionalismo tercermundista y el comunismo acentuaron la sensación de la amenaza, que en Estados Unidos fue recalcada por la Guerra de Vietnam, la Revolución cubana y los intensos conflictos en Centroamérica. A ello se sumó, en los años sesenta y setenta, la

⁵ Feres, *Historia*, 2008.

⁶ Barthes, *Mitologías*, 2006, p. 231.

⁷ Barthes, *Grado*, 2009, p. 70.

⁸ Novick, *Noble*, 1997.

virtual rebeldía cívica de las minorías raciales y étnicas en Estados Unidos, así como los movimientos sociales y políticos que se desataron en los países latinoamericanos. De la frontera con México a la Patagonia, el escenario latinoamericano lucía como un reverbero de disidencias y conflictos, por ende, de desafíos a los efectivos poderes en la región y a los intereses estadounidenses.

La Academia en armas (retóricas)

Mientras, el mundo académico estadounidense pasaba por profundas mutaciones sociales y culturales. El *baby boom* —el incremento demográfico en la posguerra— implicó un aumento de los jóvenes universitarios y de la importancia de la educación superior como vía de transformación social. A ello coadyuvó la acentuación de la presencia de las minorías étnicas y de las mujeres en las universidades. En sus inquietudes intelectuales, los jóvenes académicos expresaron su rechazo e impugnación a las ideas heredadas, así como al sistema político, social y económico de su nación. Los reclamos internos tuvieron proyecciones hacia el exterior, donde Estados Unidos ejercía un «poder imperial» que generó un gran rechazo entre esos estudiantes y noveles eruditos que pululaban en su mundo académico. De ellos se nutrió, en los años sesenta, setenta y ochenta, el latinoamericanismo estadounidense. Estos procesos sustentaron las modificaciones que sufrió el mundo académico de Estados Unidos, que tuvieron repercusiones en su producción intelectual, induciendo cambios paradigmáticos, perceptibles en las obras emblemáticas de la historiografía estadounidense sobre México, las que habrían de pautar las agendas académicas durante las próximas décadas. Tal es el caso del libro de John Womack *Zapata y la Revolución Mexicana*.⁹ Esta obra está elaborada a partir de una concepción acerca de los sectores campesinos que resulta análoga a esas nociones que propusieron tendencias como la «historia desde abajo» (*history from the bottom up*), la historiografía marxista británica e incluso los «estudios subalternos». Womack construyó su relato asumiendo que los campesinos morelenses actuaron como agentes autónomos, con sus agendas particulares, con miras propias acerca de la sociedad y de su lugar en ella, así como acerca del poder, y del pasado y del futuro. En poco tiempo, lo efectuado por Womack se convirtió en una de las vertientes cruciales

⁹ Womack, *Zapata*, 2000.



de la historiografía estadounidense sobre México. Gracias a su perspectiva, Womack trascendió el enfoque del campesino como mero ente productivo, punto de vista que tiende a hacer abstracción de su cultura y del contexto general en el cual este existe, reduciendo, por ende, sus actos a reflejos pavlovianos, inducidos por causas económicas. Womack reconoció —en opinión de Carlos Fuentes— que los campesinos morelenses formaban parte de una «civilización», por lo que sus resistencias al poder del Estado y de los terratenientes iban más allá de —si bien los incluían— los factores exclusivamente económicos. Su interpretación se evidencia en la percepción de los campesinos sobre la tierra, la cual, según Womack, era reverenciada por los campesinos de Morelos con fervor casi religioso ya que en ella estaba enraizada su identidad comunitaria.

Esta concepción apunta a uno de los rasgos de la obra de Womack: su dimensión mítica. En efecto, se puede alegar que la estructura narrativa de *Zapata y la Revolución Mexicana* es de naturaleza mítica; o, si se prefiere, que es una obra *mitohistórica*.¹⁰ Es decir, se trata de un relato histórico que alcanza dimensión mítica en virtud de la manera en que se construyen los personajes históricos —Zapata, los campesinos morelenses y hasta las fuerzas estatales que los combatieron—, la forma en que se desarrolla la trama de la obra y los significados éticos que se desprenden de ambas cosas. Esta obra se inserta en una corriente, común entre los intelectuales contestatarios en Estados Unidos, según la cual las «comunidades auténticas y la autonomía individual» se contraponen a las fuerzas coercitivas de la sociedad moderna. En dicha tradición intelectual, la modernización no se concibe como una gesta de progresiva libertad personal; constituye más bien una parábola acerca del detrimento de la sociedad.¹¹ La imagen elaborada por Womack es la de «un pasado hecho leyenda». Ante un presente que representa «un momento de tristeza y decadencia», el pasado de Anenecuilco —aldea natal de Zapata— es una época de «plenitud y luz», con lo que, en la narración de Womack, «la representación del «tiempo de antes» se convierte en mito».¹²

Amenazadas las comunidades campesinas por fuerzas históricas que operan como monstruos destructores —el latifundio y el Estado porfirista, sobre todo—, Zapata funge como héroe que cumple la tarea de enfrentarlos. En la figura de

¹⁰ En torno a este concepto, ver: McNeill, «Mythistory», 1986; y Mali, *Mythistory*, 2003.

¹¹ Ross, «Grand», 1995, pp. 664-665.

¹² Girardet, *Mitos*, 1999, pp. 93-94.

Zapata se funden «naturaleza» y «cultura», fusión que constituye uno de los rasgos típicos de los héroes míticos.¹³ Como Héctor, el héroe troyano, Zapata era un «domador de caballos» —como refiere el poema homérico—; como aquel, era un conductor de hombres y paladín de su comunidad, un jefe de guerreros que representaba la esencia y los valores ancestrales de su pueblo. En fin, la biografía de Zapata que erige Womack está demarcada por rasgos presentes en los arquetipos míticos acerca de los héroes.¹⁴ En dicha elaboración, Zapata es el heredero de lo mejor de su estirpe, de los valores morales que habían destilado sus antepasados como resultado de la confluencia entre historia, cultura y naturaleza. Desde esa óptica, Zapata era acreedor de uno de los rasgos fundamentales de «el salvador»: expresaba «una visión coherente e integral del destino colectivo».¹⁵

Paradójicamente, en virtud de esa dimensión mitohistórica, resulta que el joven gringo que era Womack en los 1960 habría sido capaz de valorar las dimensiones culturales de las luchas campesinas, generando una interpretación sensible a sus experiencias históricas. Gracias a ello, Womack contribuyó a resquebrajar, resemantizándolo, el concepto *México*, tal como este había imperado en la historiografía estadounidense, lo que es uno de los grandes méritos de su obra. Mas dicha visión encierra una pasmosa ironía, que apunta a las grandes paradojas del conocimiento histórico producido en Estados Unidos en torno a México y a América Latina —y, posiblemente, al conocimiento histórico sin más. Y es que Womack, al centrar su mirada en el movimiento zapatista, parece haber cumplido el veredicto expresado por Jorge Luis Borges acerca de ese hombre (o mujer) que «se propone la tarea de dibujar el mundo», pero que finalmente «descubre que ese paciente laberinto de líneas traza la imagen de su cara».¹⁶ Porque Womack, al reconstruir la lucha de los zapatistas, no hizo sino seguir los surcos que había trazado ya al narrar, en su tesis de licenciatura, la historia de aquellos paisanos suyos —pobres del campo, también— que a principios del siglo XX, en su estado natal de Oklahoma, habían enfrentado, igual

¹³ Kirk, *Naturaleza*, 2002, pp. 194-203.

¹⁴ Para una tipología del género biográfico que aborda sus dimensiones míticas, véase: Keren, «Biography», 2000. En el caso particular de Zapata, véase el artículo de Brunk, «Remembering», 1998, si bien este se circunscribe a las maneras en que el «mártir de Chinameca» ha sido conmemorado en México.

¹⁵ Girardet, *Mitos*, 1999, p. 67.

¹⁶ Borges, citado en: Exposición, 2012.



que los campesinos morelenses, el avance destructor del moderno sistema industrial.¹⁷ En efecto, una comparación entre ambos textos evidencia la existencia de paralelismos asombrosos en sus argumentos y sus tramas, por ende, en sus dimensiones ético-políticas. ¿Desvirtúa o desmerece esto el mérito de la obra de Womack? Lejos de ello, ya que, como ha indicado Todorov, «las condiciones de origen no determinan del todo el sentido de una obra».¹⁸ Gran paradoja: Womack, relatando a los campesinos de Morelos, terminó narrando lo que quedaba más cercano a sí mismo, no solo en una acepción geográfica sino, también —y más importante aún— en un sentido ético y político. Y es que, en palabras de Gabrielle M. Spiegel:

La escritura de la historia es un poderoso medio para manifestar alegatos ideológicos debido a que es capaz de encarar los problemas históricos en discusión y de proporcionar a la ideología la autoridad y el prestigio del pasado, todo ello encubriendo su dimensión ideológica con la apariencia de una mera explicación de «lo que ocurrió». [...] A toda disputa historiográfica subyace no solamente una contienda por el dominio de las voces del pasado sino, más importante aún, por su valor, es decir, por el control sobre el significado de la historia humana misma.¹⁹

Relatos históricos: Ciencia, ética e imaginarios sobre el Otro

Estos criterios se evidencian hasta en obras que aparentan carecer de fundamentos ideológicos o políticos y que más fielmente parecen reproducir los principios «científicos» que rigen la producción de los saberes. Tanto la obra de Charles Gibson como la de la *New Economic History* (NEH) —representada por John Coatsworth y Stephen Haber— constituyen ejemplos de cómo las obras históricas generan sentidos políticos —es decir, nociones sobre las relaciones entre los humanos y acerca de la estructuración de las sociedades—, aunque estos queden recubiertos por un denso manto de conocimiento empírico y «objetivo».

¹⁷ Womack, «Oklahoma's», 1959 y 1961?

¹⁸ Todorov, *Miedo*, 2013, p. 72.

¹⁹ Spiegel, *Past*, 1997, p. 212. Traducción del autor.



En lo que a la preceptiva histórica se refiere, todo indica que Gibson, en sus indagaciones sobre los pueblos mesoamericanos —*Tlaxcala en el siglo XVI* y *Los aztecas bajo el dominio español*²⁰— se aferró rigurosamente a las prácticas heurísticas clásicas, surgidas en el siglo XIX, y que aspiraban —a la sombra de Leopold von Ranke— a «mostrar las cosas tal como sucedieron».²¹ Según tales principios, la labor del historiador radicaría en compulsar los documentos para obtener de ellos aquellos datos del pasado que le permitiesen efectuar una recreación del mismo, ateniéndose fielmente a los «hechos». Alegadamente, así se podría representar lo verdadero y lo objetivo. Mas para lograr ese fin, era imprescindible distanciarse de la especulación y la abstracción, propias del pensamiento filosófico y, más aún, de todo aquello que invocase la ficción y la imaginación. Según esta concepción, el conocimiento sobre el pasado se generaría gracias a la aplicación del «método histórico», que establecía las pautas para el manejo de las fuentes depositadas en los archivos, convertidos en santuarios de la «verdad», que no existiría más allá de esas fuentes. Ya que fueron asimilados con lo falso, lo ilusorio, lo fantasioso, lo imaginario o lo utópico, el pensamiento abstracto y filosófico y hasta el político fueron mal reputados por los historiadores, y, por ende, arrojados de la «operación historiográfica». En torno a este modelo del «oficio de historiar» se desarrolló la «Historia científica».

Las obras históricas de Gibson se ajustan metódicamente a esos principios. Hasta sus títulos resaltan su empeño por informar el contenido de las fuentes de manera puntual, alejado de abstracciones y teorías: *Tlaxcala en el siglo XVI* y *Los aztecas bajo el dominio español*, por ejemplo.²² Hay en estos rótulos una ausencia total de actitud teorizante o alegato abstracto, gesto que podría denotar, según la preceptiva empirista suscrita por el autor, su intención de mantenerse alejado de cualquier empaque retórico, de distanciarse de todo aquello que pudiese sugerir un falseamiento o la más leve tergiversación de la «verdad» histórica, derivada de las fuentes. En sus textos, Gibson evadió de manera sistemática el uso de conceptos que pudiesen implicar adhesión a alguna corriente política o ideológica determinada. En lo que a su lenguaje y escritura se refiere, las obras mencionadas se caracterizan por cierta aridez; el suyo es un decir que está cercano al reporte científico, que pretende informar y explicar, mas no narrar ni

²⁰ Gibson, *Tlaxcala*, [1952] 1991, y *Aztecas*, [1964] 1981.

²¹ Lo que sigue está basado en: San Miguel, «Pensar», 2007.

²² Gibson, *Tlaxcala*, 1991, y *Aztecas*, 1981.



moralizar. Mucho menos procuró Gibson discurrir —en tesitura filosófica— sobre cuestiones teóricas o sobre asuntos ontológicos, referidos a los valores o los principios ético-filosóficos.

Mas esa autocontención queda traicionada por la naturaleza metahistórica de todo relato acerca del pasado. Porque el caso es que, tras una fachada de observancia de las normas empiristas en la investigación histórica, Gibson estaba profundamente perturbado por las implicaciones de la Conquista sobre las sociedades aborígenes de América.²³ Sus más que lacónicos señalamientos acerca del cambio civilizatorio en el Valle de México, sus sucintos argumentos en torno a la propagación del consumo de alcohol entre los indígenas, e, incluso, sus circunstanciales referencias a la ciudad, son asuntos en los que afloran los reconcomios éticos de Gibson. Sin abordar directamente en *Los aztecas* y en *Tlaxcala* el añejo debate en torno a la Leyenda Negra —lo que sí hizo en otras obras suyas—, en ellas Gibson retorna al mismo de manera alegórica, planteando cuestiones puntuales pero que apelan a los valores y a la ética.

De tal forma, la obra de Gibson trasciende por mucho su mérito como compendio erudito; sus cualidades se extienden al ámbito más profundo de los valores. Es la suya una forma de considerar la relación con el Otro en base a criterios éticos ya que resalta las consecuencias —incluso las imprevistas y las subrepticias, como las debacles ecológica y demográfica— de la dominación. Así, en *Los aztecas*, en un tono imparcial y objetivista, Gibson efectúa un análisis riguroso de las múltiples manifestaciones —demográficas, económicas, étnicas, ecológicas— del imperio y la opresión, y de cómo incidieron sobre las sociedades subordinadas. En los momentos de la publicación de dicha obra, convertido Estados Unidos en una gran potencia mundial, pocas cuestiones podían tener, alegóricamente, una dimensión moral tan relevante. En el caso de México —y de América Latina—, en torno a esos asuntos gravitarían varios de sus principales dilemas *civilizatorios* durante las siguientes décadas. De lo anterior se desprende que, en virtud de la supuesta imparcialidad que genera el método histórico —entendido como régimen de consulta, crítica y manejo de las fuentes—, es factible producir una narración que implique una reprensión del poder. Ello sugiere que los métodos —por rigurosos que sean— están lejos de garantizar esa neutralidad que, desde el siglo XIX, fue uno de los dogmas principales de los historiadores. Es esta una de las enseñanzas que podría desprenderse de la obra de Gibson.

²³ Lockhart, «Charles», 1988.

El documentalismo practicado por Gibson no ha sido la única forma de tratar de alcanzar esa objetividad prescrita por la «Historia científica». El cuantitativismo constituye el extremo de esa quimera, cuyos adeptos predominan entre quienes se han dedicado a la Historia económica, que, junto a la Demografía, es la rama del estudio del pasado más susceptible de ser analizada a partir de cifras, cantidades y proporciones.²⁴ Así, la Historia económica estadounidense ha dejado una huella profunda en la historiografía de América Latina.²⁵ Si bien los historiadores estadounidenses dedicados a la economía mexicana han escrutado una diversidad de asuntos concretos, a estos subyacen como cuestión central el tema del *atraso* o el *subdesarrollo*. En consecuencia, amén de trazar su desempeño económico, han tratado de comprender las causas de que México tenga una economía «subdesarrollada». Tal ha sido el caso de aquellos historiadores identificados con la NEH, como Coatsworth y Haber.²⁶ Amparados en el científicismo que posibilitan la cuantificación y determinadas teorías económicas, la NEH ha querido rastrear con precisión matemática las características y el *performance* de la economía mexicana. Así, alegan sus practicantes, se genera un saber libre de ideologías, valores o criterios que impliquen alguna contaminación del saber y, por ende, una deformación de la realidad histórica. Es esta una erudición que aspira a la pureza epistemológica, fundada en la castidad de las cifras, las cantidades y las ecuaciones. Irónicamente, el anhelo de estos estudiosos modernos no es disímil al de aquellos esotéricos cabalistas que creían que todos los misterios del mundo podían estar contenidos en un guarismo, un símbolo o una fórmula matemática.

Su labor estribaría, por ende, en revelar, mediante la aplicación de la econometría y las teorías económicas, los misterios de fenómenos como el «atraso» o el «subdesarrollo». Como vemos, se trata de una versión radicalmente cientificista y objetivista de la Historia. Pero, ¿es así? ¿Garantizan la cuantificación, las teorías económicas y los métodos científicos la asepsia epistemológica? Las suspicacias, creo, son más que legítimas. Se encuentra, primero, el asunto de que ni las teorías ni los conceptos, y ni siquiera los procedimientos heurísticos, son

²⁴ Cardoso y Pérez Brignoli, *Historia*, 1979, donde se manifiesta expresamente esa aspiración de convertir a la Historia en una ciencia gracias a la cuantificación.

²⁵ Como ejemplo: Kuntz Ficker, «Sobre», 2004.

²⁶ Coatsworth, *Crecimiento*, 1976, «Obstáculos», 1978, y *Orígenes*, 1990; Haber, *Industria*, 1992; y Haber (ed.), *How*, 1997, y *Political*, 2000.



verdades eternas. La misma genealogía intelectual de la NEH —afincada en la «teoría del crecimiento económico» y en la «teoría de la modernización»— evidencia que, a lo largo del tiempo, sus adeptos han tenido que descartar nociones que en momentos determinados se juzgaron, por esa misma tradición, como verdades axiomáticas. Esto atestigua la historicidad de las teorías en las Ciencias Sociales y la Historia —las que, ¿habrá que repetirlo?, no son equivalentes a las de las Ciencias Naturales—, por lo cual están lejos de ser ajenas a las circunstancias históricas y culturales en que ellas surgen y operan.

Por otro lado, está el asunto del tipo de saber que puede generar la cuantificación del pasado, que sin duda ha producido obras históricas que han permitido comprender con precisión fenómenos que requieren de demostraciones cuantitativas. Lo que resulta cuestionable es pretender explicar procesos *complejos* —es decir, que no son, exclusivamente, cuantificables— en base a un conjunto limitado de variables, usadas principalmente porque esas y *no otras* pueden ser cuantificadas. ¿O es que acaso un fenómeno económico no es también un fenómeno cultural? ¿Y qué de aquellos factores o variables que *no se pueden* o *no se dejan* cuantificar, aunque sea por ausencia de fuentes adecuadas? Efectuar preguntas como estas pueden resultar incómodas a quienes practican *à outrance* «la cuantificación de la realidad», quienes no reparan en que incurren en un tipo de mitificación, ya que, como se ha indicado, las «teorías económicas modernas, basadas en modelos rigurosos, no son más que estas metanarrativas [los mitos] recontadas en un lenguaje diferente (¿matemático?)».²⁷

La presunción de tal tipo de práctica histórica es que las estadísticas, y las categorías y los conceptos empleados por ella son traslúcidos y que, por estar avalados por conjuntos impresionantes de datos cuantitativos están libres de implicaciones ideológicas, valorativas o políticas. Tal suposición no puede ser más ilusoria.²⁸ Estos reparos se patentizan en esa «pareja desapareja» del desarrollo/subdesarrollo, central en la historiografía latinoamericana, y sobre la cual se puede suscribir el juicio de Octavio Paz:

Desarrollo y subdesarrollo [s]on conceptos exclusivamente socioeconómicos con los que se pretende medir a las sociedades como si fuesen

²⁷ Sedláček, *Economía*, 2014, pp. 20-21.

²⁸ Estas observaciones se inspiran sobre todo en: McCloskey, *Rhetoric*, 1985; Lizcano, *Imaginario*, 1993; y Hacking, *Domesticación*, 1995.

realidades cuantitativas. Así, no se toman en cuenta todos esos aspectos rebeldes a la estadística y que son los que dan fisonomía a una sociedad [...].²⁹

Asimismo, la oposición desarrollo/ subdesarrollo implica con frecuencia una visión teleológica que tiende a negar la esencial historicidad de los procesos. Al asumir que el *desarrollo* representa la superación de una etapa previa —visión propia del evolucionismo decimonónico— y que el destino de los países «subdesarrollados» *debería ser* el alcanzarlo, se les asignan tareas a los actores históricos y se reducen las opciones que pudiesen ejercer. El resultado es el menoscabo del proceso histórico ya que este queda restringido a unos caminos ya trillados que se *deberían* transitar. De así no ocurrir, entonces las explicaciones giran en torno a las carencias de las sociedades que siguieron rumbos disímiles a los prescritos por la teoría. La implicación es que dichas sociedades padecen algún tipo de anomalía ya que la normalidad es determinada, cuantitativamente, por aquellas que sí siguieron los itinerarios prefijados por la teoría —que opera, así, como una forma moderna de *dogma* o de *fe*.

En el caso de la NEH, esto implica que México —y América Latina toda— debería seguir el camino de Estados Unidos, país que actúa en su narrativa como parámetro de modernidad, de desarrollo y de todo aquello que niega el «atraso». Así, pues, el relato que se elabora termina fungiendo como un agasajo a Estados Unidos, país que, en contraposición a los países «subdesarrollados», sería una sociedad racional, en la que se habrían aplicado las políticas adecuadas, y cuyos contextos institucionales carecerían de las callosidades, las corruptelas y las anomalías existentes en los países subdesarrollados. A partir del siglo XVI, Occidente pretendió difundir el cristianismo al orbe pagano; en el XIX, las naciones de Europa trataron de extender la «civilización» —es decir, la suya— a los países «bárbaros»; en la pasada centuria, tal «proyecto civilizador» asumió el ropaje de la economía, traducándose en los programas desarrollistas.³⁰

Pese a tamañas pretensiones —porque subyace a todo esto una gran arrogancia intelectual—, tal tipo de relato encierra contradicciones a granel. Está, por un lado, el hecho de su alegada cientificidad y neutralidad ontológica. Sobre el particular, reitero lo que señalé: el lenguaje, las teorías, y hasta los procedimientos

²⁹ Paz, *Ogro*, 1979, p. 126.

³⁰ Mires, *Discurso*, 1993; Park, *Latin*, 1995; Escobar, *Encountering*, 1995; y Rist, *History*, 1997.



empleados por los practicantes de la NEH están lejos de ser neutros; están, por el contrario, transidos de cargas ideológicas, semánticas, éticas y filosóficas. El suyo, por ende, dista de ser un saber puro. En su mismo empeño de serlo existe un gran contrasentido ya que la idea de la pureza es eminentemente religiosa. Esto no es casualidad. Se debe a que la Economía es una disciplina que tiene fuertes vínculos con los preceptos religiosos —que es una forma adicional de constatar su sustrato mítico.³¹ En épocas previas, la modernidad resemantizó la idea de la Salvación mediante conceptos como Civilización o Progreso; en el siglo pasado, se manifestó —con ahínco en el contexto latinoamericano— como Desarrollo, ora en versión capitalista, ora en vertiente socialista.

Otra paradoja: la semántica de la Historia económica cuantitativista, pese a su aura de científicidad, cumple funciones ideológicas muy similares a las que, a principios del siglo XX, jugaron los estereotipos sobre México. Como indiqué anteriormente, entonces, en el mundo académico estadounidense, *México* operaba como un concepto que aglutinaba un conjunto restringido de sentidos, derivados fundamentalmente de sus taras. La mayoría de tales sentidos giraban en torno a las nociones del primitivismo, el salvajismo, la barbarie, la violencia y el atraso. La propensión a representarlo de tal forma tenía una contrapartida: México era lo que Estados Unidos no era. Mediante tales contrastes, se elaboraba una imagen de cómo los estadounidenses se imaginaban a sí mismos. Tal tipo de estrategia discursiva es común en toda construcción identitaria: elaboramos la imagen nuestra a partir de lo que no somos —o, más bien, de lo que *creemos* que no somos— y de lo que no queremos ser. Ya que son construidas en base a oposiciones binarias, las representaciones de la identidad propia acaban estereotipando al Otro, convirtiéndolo en un amasijo de características indeseables.³² Por supuesto, también ofrecen una imagen deformada —por hiperbólica y pomposa— del Yo.

Muchos Méxicos: Palabras clave y «busca del tiempo perdido»

La dicotomía desarrollo/ subdesarrollo constituye un ejemplo de esa característica de la historiografía moderna que estriba en su uso de palabras clave en torno a las cuales organiza sus relatos acerca del pasado. *La palabra clave* es un

³¹ Rist, *History*, 1997; Agamben, *Reino*, 2008; y Sedláček, *Economía*, 2014

³² Para una crítica a las políticas de identidad desde tal óptica, véase: Grimson, *Límites*, 2011.

término que, en el estudio del pasado, privilegia determinados sujetos o fenómenos históricos y que, en consecuencia, remite a interpretaciones de cierto tipo en particular. La palabra clave admite significados conflictivos —después de todo, es una forma condensada de aludir a una realidad compleja—, aunque posee un conjunto de elementos mínimos que la delimitan. Se debe contemplar como un *campo de fuerza cultural*, un espacio de pugna ideológica, teórica, política, ética, epistemológica e historiográfica.

En la historiografía moderna existe un conglomerado de términos que han actuado como palabras clave, entre ellos: nación, clase social, raza, etnicidad, progreso, género, identidad, desarrollo, subdesarrollo, revolución, ideología, modernidad, cultura, civilización. A vocablos como estos se le pueden añadir otros más, dependiendo del área particular del saber. Por ejemplo, expresiones geográficas o culturales como *América Latina*, *África*, *Europa*, *Estados Unidos* u *Occidente* también pueden actuar como palabras clave ya que —como demostró Edward Said respecto del *Oriente*— su uso en el mundo intelectual está atiborrado de cargas semánticas, ideológicas, sociales, culturales y políticas.³³ En fin, existen vocablos y términos de diversa tesitura que cumplen, en el mundo académico contemporáneo, las funciones denotativas, conceptuales, alegóricas, simbólicas, figurativas y representacionales propias de las palabras clave. Sean cuales fueren, las palabras clave han cumplido en los discursos históricos papeles epistemológicos análogos. Términos como *nación*, *clase social*, *identidad*, *pueblo*, *conflicto*, *solidaridad*, *revolución*, *género*, *poder*, *resistencia* y *conciencia* se manejan como si fuesen axiomas, incuestionables en sí mismas, que existen en algún lugar del pasado, por lo que basta con rastrear su presencia en las fuentes históricas para que se manifieste su presencia.³⁴

Recurro a tres de esas palabras clave —*raza/ etnicidad*, *clase social* y *nación*— para ilustrar cómo han operado en los imaginarios estadounidenses sobre México. Esos términos fueron escogidos por su relevancia en la historiografía estadounidense sobre el país. Los dos primeros llegaron a ocupar papeles historiográficos estelares a partir de los años sesenta de la centuria pasada; eventualmente pasaron a formar una *ménage a trois* junto al *género* —que se sumó a

³³ Además de Said, *Orientalism*, 1979, ver: Tenorio Trillo, *Argucias*, 1999; Mignolo, *Idea*, 2005; Mudimbe, *Invention*, 1988; Chakrabarty, *Provincializing*, 2000; y Pagden (ed.), *Idea*, 2002.

³⁴ San Miguel, «Pensar», 2007, 4. Cursivas añadidas.



ese «dúo dinámico» original. Al escudriñar estos términos, hay que señalar que los tres aluden a expresiones específicas de la identidad, aunque esas manifestaciones puedan coincidir, aglutinarse o entrelazarse. No obstante, para efectos analíticos resulta conveniente considerarlos como categorías autónomas, si bien se pueden establecer analogías en las maneras en que estos diversos conceptos operan en los relatos históricos. Una de esas similitudes radica en que cada uno de ellos tiende a generar una *discursiva de la trascendencia*, brindándole un alcance salvífico, enraizado en que suelen ser concebidos como factores de redención de algún colectivo humano.

Existen analogías particularmente estrechas entre los usos que se han hecho de la *raza* y la *clase social* en la historiografía estadounidense a partir de la década de 1960. Esto se debe a que, al ser aplicadas dichas palabras clave al estudio de los sectores subalternos, ellas han terminado por entrecruzarse en muchas investigaciones, reforzándose así una de las implicaciones del uso de dichos términos: la de concebir al sujeto histórico como víctima y que, en cuanto tal, requiere de algún tipo de emancipación o reivindicación. De manera que los estudios de los subalternos desde la perspectiva étnico-racial y desde la óptica de la clase social suelen tener sustratos políticos y éticos afines, fundamentados incluso en la noción de que los subordinados, los explotados, los marginados y los discriminados, por el mero hecho de serlo, poseen una superioridad moral. En virtud de esa alegada superioridad, esos sectores tendrían un *telos* o misión que cumplir, que podría conducir a su redención y hasta a la regeneración de la sociedad.

En la historiografía estadounidense sobre América Latina, de los años sesenta del siglo XX en adelante, ese tropo acerca del carácter redentor de la clase y/o la raza/ etnia subordinadas adquirió especial vigencia. Si bien tal idea no resultaba extraña a la historiografía previa, entonces se puede detectar un cambio significativo en la forma en la cual se emplearon las palabras clave de la clase social y la raza. Anteriormente, en la Academia estadounidense, actuaban principalmente como sinécdoques que insinuaban el carácter arcaico de las sociedades latinoamericanas; esa función discursiva se evidencia en los textos históricos que referían los elementos arbitrarios y vetustos de los sistemas laborales en los países de la región. Tales rasgos eran acentuados debido a que las grandes masas trabajadoras eran de origen indígena o africano, lo que en sí mismo era una manera de aludir, subrepticamente, al primitivismo de las estructuras sociales de Latinoamérica.³⁵

³⁵ Ver, por ejemplo: Bauer, «Rural», 1979.

El cambio paradigmático que comenzó a sentirse en la historiografía hacia los años sesenta —que se intensificó en las dos décadas siguientes— se tradujo en una mayor atención a las dimensiones redentoras de la clase y la raza.

Aun así, no desaparecieron las inquietudes y los énfasis previos, como muestra el estudio de John K. Chance *Razas y clases en la Oaxaca colonial*.³⁶ Inserta en el debate acerca de *raza y clase* —que ha procurado esclarecer cuál de estos dos factores ha resultado determinante en definir las jerarquías sociales—,³⁷ la obra de Chance constituyó en su momento una puesta al día —tanto conceptual como metodológicamente— de la añeja discusión acerca del arcaísmo social latinoamericano. En esa obra, la raza y la clase pugnan por ocupar el puesto determinante en la forja de las identidades subalternas —constituidas principalmente por elementos de orígenes indígenas—, quedando identificada la primera —es decir, la raza— con los rasgos arcaicos de la sociedad colonial oaxaqueña y la clase con sus características más modernas. Esa identificación se logra vinculando el fortalecimiento de las identidades clasistas con el desarrollo del capitalismo y con el mundo urbano oaxaqueño, especialmente con la ciudad de Antequera. Por el contrario, correlaciona las identidades étnico-raciales con el mundo rural indígena, es decir, con lo que antecedió temporal y estructuralmente a las formaciones capitalistas en el Oaxaca colonial. Y aunque la narración de Chance no remite claramente a la dimensión redentora de la clase, tampoco está exenta de insinuarla. Ello se evidencia en su alegato de que su preeminencia como criterio de identificación social —lo que habría sucedido hacia fines del periodo colonial— favoreció a los subalternos, con lo cual se sugiere que el capitalismo contribuyó a mejorar —o a hacer «menos pior»— su condición. Las identidades étnico-raciales, por ende, dificultaban la agencia reivindicadora de los sujetos subalternos —lo que en sí sería un indicio de su arcaísmo.

La presencia en la obra de Chance de tal planteamiento no es fortuita: fue una reverberación de las intensas discusiones que en Estados Unidos se dieron en torno a la condición de las minorías étnicas y de cómo ellas podían mejorar su situación en una sociedad en la cual el racismo seguía desempeñando una insidiosa función. Como corolario de esos debates, se dirimió, precisamente, la dialéctica entre clase y raza, y cómo el ascenso en la estructura económica podría contribuir a disminuir las asperezas y los conflictos sociales originados en

³⁶ Chance, *Race*, [1978] 1993.

³⁷ Como ejemplo de ese debate en México: Carroll, «Debate», 2011.



las diferencias étnico-raciales. Por eso, en la obra de Chance se infiltra —y no inadvertidamente, sino de forma muy premeditada— el contraste entre Estados Unidos, por un lado, y Oaxaca/ Brasil, por el otro. En tal ejercicio comparativo, Chance se echa una carambola retórica hermanando a Oaxaca con Brasil —en estos lugares, alega, la relación clase/ raza así como los sistemas de clasificación social operaban de formas similares. De esa manera, Oaxaca es incorporada a los debates que en la Academia estadounidense se daban en torno a los sistemas raciales en las Américas.³⁸ El estudio de esa cuestión por los latinoamericanistas estadounidenses contaba como trasfondo con los dilemas entre raza y clase en su propio país. Husmear al Otro era una estratagema para reflexionar en torno a la propia sociedad, coartada que, con frecuencia, facilita la adopción de posturas críticas. Quizás percibimos mejor lo propio al concebirlo u observarlo como parte de la alteridad.

Esta dimensión alegórica de los estudios estadounidenses sobre América Latina está presente en otras obras dedicadas a la cuestión racial en México. Los estudios de Colin Palmer y Patrick Carroll sobre los afromexicanos —esclavos y libres, negros y mulatos— así lo indican.³⁹ Si bien las obras de estos autores cuentan con elementos parecidos, resulta revelador que sus posiciones en torno a la identidad étnico-racial contengan aspectos contrapuestos. Al compararlas entre sí, resulta que esas obras oscilan entre la noción de la identidad étnico-racial como refugio y redención —como sería la postura de Palmer—, y su concepción como factor de automarginación y aislamiento; es decir, no como salvación, sino como condena —como sugiere la obra de Carroll. Nuevamente, estas posiciones discordantes proyectan las posturas que en Estados Unidos se manifestaron con intensidad en los años sesenta y setenta en torno a la «cuestión racial», y que fluctuaron entre lograr una mayor integración de las minorías étnicas al *mains-tream* de la sociedad estadounidense —lo que implicaba una atenuación de los criterios identitarios de las minorías—, y aquellas posiciones que insistían, por el contrario, en el robustecimiento de la identidad étnico-racial como medida de defensa, de resistencia y hasta de oposición al sistema social. Tanto en un caso como en el otro, el sujeto social, elaborado en torno a la identidad étnico-racial,

³⁸ Elkins, *Slavery*, 1963; Glazer y Moynihan, *Beyond*, 1963; Klein, *Slavery*, 1967; Foner y Genovese (eds.), *Slavery*, 1969; Degler, *Neither*, 1971; Harris, *Patterns*, 1974; y Engerman y Genovese (eds.), *Race*, 1975.

³⁹ Palmer, *Slaves*, 1976; y Carroll, *Blacks*, 1991.

se convertía en agente de su propia redención, actuando en un sentido determinado e imprimiéndole al proceso histórico una dirección específica. Su designio primordial sería la propia salvación y, por efecto, sino el rescate del conjunto de la sociedad, al menos la modificación de sus actitudes y percepciones raciales más nocivas.

Y es que la identidad, sea esta cual sea, ha estado ligada a la noción de la redención, a la idea de que existe una colectividad humana que requiere de algún tipo de reparación, de manumisión de las fuerzas que la oprimen y, en consecuencia, de la imperiosa necesidad de trasponer el desierto y el mar para llegar a alguna lejana tierra prometida. Pocas obras históricas sobre México manifiestan este arquetipo narrativo de forma tan cabal como *La guerra de castas en Yucatán* de Nelson Reed, obra en la cual los mayas yucatecos, profundamente arraigados en su identidad étnica, se sublevan en contra del dominio de los blancos y los ladinos que los oprimen y les arrebatan su heredad.⁴⁰ En efecto, en la narración de Reed la *etnia* maya ocupa el papel estelar; los adalides que aparecen en ella son emanaciones de ese sujeto protagónico. Su rebeldía desmedida tenía, ciertamente, una dimensión material, originada en el despojo de sus tierras, bosques y aguas, y en la explotación de los mayas como fuerza de trabajo, con frecuencia en condiciones de virtual esclavitud. No obstante, fue el agravio contra la colectividad étnica lo que nutrió ese odio ancestral, acumulado durante siglos, y que desató la Guerra de Castas y le confirió su fiereza singular. Hay en el relato de Reed, además, una demostración concreta de una de las implicaciones posibles del aislamiento y la segregación étnica. Porque fueron los mayas más distantes —física y culturalmente— del resto de la sociedad yucateca los que iniciaron la rebelión y quienes manifestaron más fiereza e indocilidad durante su transcurso.

De forma que el texto de Reed se puede leer como una reprensión a un sistema de supremacía étnico-racial —como el existente en Yucatán en el siglo XIX y como el que estaba en disputa en Estados Unidos en los momentos en que elaboró su obra—, fundado no solo en la explotación inmisericorde de los grupos sometidos, sino, también, en su humillación y degradación. Por ende, también constituyó una suerte de admonición en torno a las emanaciones de tal régimen: la violencia extrema; el salvajismo de sus defensores y detractores; la segregación racial; el retrainamiento étnico en un pasado ancestral primitivo, nativista y

⁴⁰ Reed, *Caste*, [1964] 1979.



sectario; la degradación de dominantes y dominados; y, como mal supremo, la imposibilidad de la convivencia, de la existencia de una genuina comunidad. Así que Reed representa la Guerra de Castas como un teatro del absurdo en el cual se difuminan los contornos entre civilización y naturaleza, versión estadounidense de la latinoamericana disyuntiva entre civilización y barbarie. Al hacerlo, termina cuestionando o relativizando uno de los mitos fundacionales de la sociedad estadounidense: la noción de que la civilización domestica a la naturaleza, estableciendo una relación armoniosa con ella.⁴¹ La historia construida por Reed enuncia, narrativamente, aquel desconsolado principio manifestado por Walter Benjamin: la civilización está preñada de barbarie.

Entre las palabras clave de la historiografía moderna, pocas —si alguna— ostentan una implicación salvífica tan decisiva como la de *clase social*. Eso se debe a que este concepto, desde sus orígenes, fue intrínseco al conjunto de ideologías decimonónicas que efectuaron diatribas contra el capitalismo y el sistema industrial, y que abogaban por alguna forma de superación de los mismos. De tal forma, la clase obrera emergió con una plúmbea marca de nacimiento que la investía como vanguardia de la sociedad, como su salvadora, por lo que habría de liberarla de sus miserias y desgracias. Tales ideas se desprendían de ese espectro semántico que abarca las nociones de la *revolución* y de la *utopía*. Esta última encuentra sus antecedentes en los imaginarios edénicos, que aluden a la existencia de Paraísos, pretéritos o futuros, a los que ciertos humanos aspirarían a regresar —en el caso de los «Paraísos perdidos», ubicados en el pasado— o a conquistar o construir —en el caso de las utopías ubicadas en el porvenir.⁴²

A partir de mediados del siglo XX, cuando el marxismo y corrientes afines fueron ganando prestigio y terreno en el mundo académico, el concepto de clase social y su derivado principal, la noción de lucha de clases, adquirieron mayor relevancia historiográfica. Esas tendencias enraizaron en Estados Unidos a partir de los años sesenta y setenta del siglo pasado y dejaron una marca palpable en los estudios sobre América Latina. Tales corrientes se unieron a las que en los mismos países latinoamericanos se venían desarrollando y que también recalaban el estudio de las clases —en especial de las subalternas— y de los conflictos sociales. Aunadas con frecuencia a nociones acerca de la raza y

⁴¹ Pike, *United*, 1992.

⁴² Estas consideraciones se basan en Gadamer, *Mito*, 1997; Girardet, *Mitos*, 1999; y Durand, *Mitos*, 2003.

la etnicidad, esa concordancia entre latinoamericanos y estadounidenses potenció una tradición historiográfica que ha signado desde entonces la producción en y sobre América Latina.

En el caso de México, las investigaciones de los historiadores estadounidenses se centraron en los obreros fabriles y el campesinado, sectores sociales que, en los imaginarios radicales, han adquirido un atractivo especial. Los historiadores se dirigieron preferiblemente a rastrear lo que con el tiempo se denominó *resistencias subalternas*, es decir, las diversas formas mediante las cuales los sectores sometidos y explotados manifestaron sus descontentos y agravios. Esas manifestaciones de descontento podían oscilar entre el reclamo legal y pacífico a las autoridades y a los patronos, y el motín, la revuelta y, en casos extremos, la insurrección.⁴³ De hecho, han sido estas últimas las que más insistentemente han aparecido a partir de los años sesenta y setenta del siglo XX en la historiografía estadounidense acerca de México; la obra clave en tal sentido fue *Zapata y la Revolución mexicana*. Womack, sin embargo, no fue el único académico estadounidense que en esos años se interesó por las rebeldías campesinas; entre sus contemporáneos, contó como coadjutor al antropólogo Paul Friedrich, cuya investigación sobre las luchas agrarias en México (*Rebelión agraria en una aldea mexicana*) se efectuó en los años cincuenta,⁴⁴ antes que la de Womack, pero no se publicó hasta 1970. Amén del carácter inaugural del tema que aborda —las luchas por la tierra en México—, Friedrich tuvo el gran acierto de combinar las metodologías y los enfoques de la Historia y la Antropología. Por demás, Friedrich concibió su obra como una historia ejemplar, imprimiéndole a su relato una dimensión arquetípica. Para él, el poblado tarasco de Naranja no era sino un ejemplo del proceso de despojo que sufrían las comunidades campesinas y rurales del mundo entero. De tal forma, la narración de Friedrich sobre las luchas agrarias adopta un registro mítico que, incluso, podría sospecharse que fue conscientemente labrado por su autor ya que estuvo en contacto directo con las teorías y los estudios literarios y con la mitología.⁴⁵ Esto sugiere que la escritura de *Agrarian Revolt* podría haberse efectuado bajo el influjo de modelos ficcionales, como la tragedia y los mitos. Así, el determinismo del que el autor se

⁴³ Para una somera reflexión en torno a las diversas formas de escrutar la subalternidad, ver: San Miguel, «Descontento», 2005.

⁴⁴ Friedrich, *Agrarian*, [1970] 1977.

⁴⁵ Estos rasgos del quehacer de Friedrich se evidencian en: «Sanity», 1977, y *Principes*, 1991.



reconoce seguidor no sería meramente una postura interpretativa, sino, además, una estrategia narrativa que le permitió elaborar un relato con ribetes trágicos en el cual el destino de los «héroes» —los líderes agraristas de Naranja— está predeterminado, debiendo culminar, ineluctablemente, con su muerte.⁴⁶

La parca, por cierto, es una presencia subyacente en todo el relato de Friedrich, tanto como amenaza a los adalides del agrarismo y como impulsora de sus actos. Friedrich alega que las acciones de los agraristas de Naranja —sobre todo su predisposición a la violencia— estaban enraizadas en la cultura local, de origen tarasco. En esta —continúa Friedrich— prevalecía esa actitud de indiferencia ante la muerte que, alegadamente, distingue al mexicano. De modo que el estudio de Friedrich termina siendo una representación adicional —en clave antropológica— de características supuestamente inherentes y sempiternas del mexicano. Incluso, la *cultura* —concepto fundamental de la Antropología moderna— opera en la interpretación de Friedrich como una entidad suprahistórica ya que parece poseer rasgos inalterables, como la fascinación con la muerte. En su relato, la cultura es —si me permiten la imagen braudeliana— una formación geológica, cuyas imperceptibles variaciones no sienten quienes la comparten. Como en las tragedias griegas, en el texto de Friedrich los humanos son como figurillas, cuyas vidas y acciones están controladas por esa especie de deidad que, en su concepción, sería la cultura. Ello es así pese a haber elaborado su relato como una historia paradigmática que pretende demostrar las consecuencias nefastas del despojo de los campesinos en el mundo. Pese a ello, Friedrich no hilvana su relato como una secuencia de gestas libertarias conducentes a la redención del campesinado, de los trabajadores rurales, mucho menos de los subalternos en general. Si de algo no adolece la imagen que del campesinado ofrece Friedrich es de proyectarlo como agente redentor del conjunto de la sociedad.

Esa posición contrasta con los relatos elaborados por Rodney D. Anderson y John Mason Hart acerca del papel de los obreros fabriles y de sus luchas.⁴⁷ En tales relatos —muy en especial en el de Hart—, los trabajadores actúan siguiendo una lógica también determinista, pero resaltando el papel redentor que deben cumplir respecto del conjunto de la sociedad. Esta visión se deriva del hecho de que Hart proyecta hacia el porvenir las relaciones causales que ha detectado en su investigación y que explican lo pretérito. En lo que a la historia de

⁴⁶ Sobre esto, ver el singular testimonio que se brinda en Friedrich, *Príncipes*, 1991.

⁴⁷ Anderson, *Outcasts*, 1976; y Hart, *Anarchism*, 1978.

los trabajadores respecta, pasado, presente y futuro constituyen una continuidad sin rupturas, sinuosidades ni irregularidades, como tampoco hay elementos que resignifiquen o alteren el sentido profundo, la esencia de esa concatenación de eventos. Aquí también prevalece una concepción acerca de un *telos* que estipula los comportamientos de los agentes históricos ya que su lugar en la estructura económico-social les impone, de por sí, unas misiones o gestiones por cumplir. En esta vertiente moderna del mito del héroe protector o redentor, ya no es un individuo quien debe efectuar una serie de trabajos asignados, sino una colectividad, la clase social, la que debe desempeñar unos quehaceres predeterminados. Emanada la clase social, según tales interpretaciones, de las fuerzas y las estructuras económicas, se le percibe como una entidad fundamentalmente homogénea, que debe poseer elementos identitarios —sobre todo una «conciencia de clase»—, y cuyas acciones a lo largo del tiempo embonan entre sí, formando una secuela que les imparten una coherencia y una integridad históricas. Dicha congruencia es revelada y pregonada por el letrado, quien procede como augur, adivinando y pronosticando, no el designio de los dioses, sino el de las Fuerzas Históricas, que impartirían las tareas a cumplir.

Hay, evidentemente, historiadores que suscriben ese tipo de interpretación, en la cual el pasado, el presente y, presumiblemente, el futuro quedan entrelazados gracias a lo que Gabrielle Spiegel denomina una «interpretación tipológica».⁴⁸ En el caso de los estudios comentados acerca de la clase obrera mexicana, es patente esta forma de concatenar los sucesos, *ungiendo* la historia de un sentido particular según el cual el pasado funge como *presagio* del presente, y este, a su vez, del futuro. De esa forma, el devenir queda reducido a una reiteración de acontecimientos que, aunque formalmente diferentes en su manifestación externa, en esencia responden a un mismo tipo, a una modalidad arquetípica que *revela* la substancia del agente histórico, en este caso la clase trabajadora. Esta es conceptualizada como masa victimizada y doliente que requiere y que aguarda —lo ha hecho así por los siglos de los siglos— su redención.

Las historias nacionales también son propensas a recurrir a los relatos redentores, por lo que suelen contar con sus respectivos libertadores y paladines, quienes, como Moisés, dirigen al colectivo hacia la tierra promisoría. La elaboración de la historia de la nación mexicana a partir de las ejecutorias de sus

⁴⁸ Spiegel, *Past*, 1997, p. 92.



figuras patricias —y de unas muy selectas figuras «matricias»— ha sido común entre nacionales y foráneos. En obras de tal talante los próceres, los patricios y las figuras célebres —ya por excelsas, ya por reprobables— suelen impartir sus características a los procesos históricos e, incluso, determinan los comportamientos colectivos.

Tal sería el caso de Miguel Hidalgo, quien desató un multitudinario e impetuoso movimiento social que inició el proceso de independencia de México —es decir, su surgimiento como nación— y que fue estudiado por Hugh Hamill.⁴⁹ Su obra posee algunos elementos que han sido regularidades muy significativas en la historiografía estadounidense sobre México. Entre ellas se encuentra la construcción de México como una *nación problemática*, cualidad que se habría plasmado en sus momentos fundacionales. El problematismo de México estaría inscrito en su mismo nacimiento, ya que su arranque como entidad política habría estado marcado por el absurdo, el desatino y hasta la irresponsabilidad. Es esto lo que se desprende del texto de Hamill acerca de la rebelión encabezada por Hidalgo, singular patricio que desentonaría con los imaginarios y las representaciones habituales acerca de los prohombres (o las promujeres) de las historias nacionales, y de los cuales los *Founding Fathers* de Estados Unidos comprenderían un modelo idóneo. Según la interpretación de Hamill —cónsona con la de otros historiadores estadounidenses—, las deficiencias, los excesos y las carencias personales de los próceres —de Hidalgo, en su caso— le habrían impartido rasgos inadecuados al movimiento separatista. Entre otras cosas, este no fue un movimiento exclusivamente de los criollos de las élites —como aduce Hamill que debió haber sido—, sino que se convirtió en una convulsión social multitudinaria. Y eso constituiría, desde su óptica, una especie de desviación de alguna pauta no declarada, si bien se puede colegir que ese modelo arcano lo suministraría la independencia de Estados Unidos. Supuestamente, esta se habría logrado sin los fanatismos ni los extremismos de la mexicana.

Ni siquiera la independencia concertada por Agustín de Iturbide queda exenta de tal tipo de reprobación. En la opinión de Howard Cline, este otro prohombre habría logrado una independencia que comportaba un contrasentido ya que, en vez de ser rechazadas, las instituciones y las ideas del sistema colonial fueron sostenidas por él.⁵⁰ De tal forma, se reitera la idea de que la nación mexicana

⁴⁹ Hamill, *Hidalgo*, 1981.

⁵⁰ Cline, *México*, 1962.

es un escenario de comedias, una secuela de eventos chuscos e incoherencias. Ello habría incidido sobre la evolución de México durante el siglo XIX, como su inestabilidad política y sus conflictos internos. Como consecuencia de esta visión, México es representado como una nación siempre incompleta, como una comunidad política trunca, que ha sido incapaz de constituirse acorde con la idea dominante de la modernidad. Esta, por supuesto, es definida en base a lo que ha sido, alegadamente, Estados Unidos: un dechado de racionalidad y espíritu cívico. México, por el contrario, carecería de esa moderación, lo que queda patentizado en el carácter violento de su sociedad, su evolución política y su historia.

Interpretada así, la historia de México no queda exenta de determinismos étnico-raciales, culturales y hasta geográficos. Tales concepciones jugaron papeles significativos en las obras de diversos académicos estadounidenses durante la primera mitad del siglo XX. A medida que fue avanzando la centuria, tales concepciones fueron descartadas, suprimidas, superadas o sustituidas por otras que se adecuaban mejor a las nuevas corrientes académicas, las teorías científicas y hasta los convencionalismos sociales y culturales emergentes —incluso el *political correctness*. Gracias a ello quedaron atrás muchos de los estereotipos, los prejuicios y los determinismos que anteriormente habían rubricado las interpretaciones acerca de la nación mexicana y de su devenir histórico. A ello contribuyeron de manera significativa las modificaciones en el pensamiento antropológico, que cuestionaron los fundamentos de las añejas creencias acerca de las sociedades atrasadas, bárbaras o primitivas. El relativismo cultural —impulsado por el rechazo al nazismo e ideologías racistas en general— tuvo un papel prominente en dichas modificaciones. Aun así, no desaparecieron totalmente las antiguas nociones que significaban a la sociedad y la nación mexicanas; perduraron sobre todo aquellas que recalcan su ranciedad y arcaísmo. Por ejemplo, siguieron destacándose los rasgos arcaizantes de su sistema político, conceptualizado como una execrable «herencia colonial» del pasado ibérico.⁵¹

Ni siquiera la Revolución de 1910, pese a sus bríos modernizadores, conllevó un abandono de esos imaginarios acerca de México como una nación lastrada por el arcaísmo y la repetición de unos mismos arquetipos, inscritos en los espectros de la violencia, la carencia, la insuficiencia, la irracionalidad y hasta el desatino. En algunos casos, hasta la Revolución fue concebida como la mera

⁵¹ Feres, *Historia*, 2008.



reincidencia de un arquetipo: la explosión del rencor de los «humildes» —el estereotipo no está reñido con la condescendencia— contra las élites. Pese a ello, la Revolución instauraría un partaguas en las reflexiones acerca de México. Ella sería descrita como partera del México moderno, una nación que, desde la perspectiva estadounidense, seguiría siendo problemática. Lo era, ante todo, debido a la índole de su nacionalismo, asunto discutido por académicos estadounidenses contemporáneos a la Revolución, quienes intentaron discernir cuáles serían sus implicaciones para la sociedad mexicana, así como para Estados Unidos.⁵²

Con el tiempo, esa inquietud en torno al nacionalismo mexicano adquirió mayor relevancia y se enmarañó más debido a otros procesos históricos. Tal fue el caso de la Guerra Fría y de sus manifestaciones en las Américas, como la Revolución cubana y el surgimiento de diversos movimientos políticos y sociales que parecían amenazar el orden vigente a nivel continental. Esa coyuntura propició aquellas reflexiones que buscaban revalorizar el nacionalismo mexicano, tratando de desentrañar sus misterios y peculiaridades, pero destacando sus elementos positivos. Hubo incluso —como ejemplifica Robert F. Smith— quien intentara ofrecer perspectivas críticas sobre las políticas estadounidenses frente a México.⁵³ En el clima tenso de la Guerra Fría, México y su nacionalismo adquirieron valor paradigmático. A ellos se recurrió con el fin de demostrar los desaciertos de las políticas de Estados Unidos ante los países del Tercer Mundo; por el otro, se usaron como ejemplos de un «nacionalismo bueno», así reputado debido a que contribuía a mantener la estabilidad política y a que fomentaba la aquiescencia de los mexicanos con el sistema capitalista, el desarrollismo y las demás doctrinas enarboladas en dicha coyuntura. Al piropo al nacionalismo mexicano subyacía una apreciación utilitaria, cuyo sustrato eran los intereses políticos y económicos de Estados Unidos. Mas, ¿no luce esto como una versión letrada de esa punzante y machista expresión mexicana: «A ver, mi reina, flojita y cooperando»?

Pese a todo, la historiografía estadounidense ha estado muy lejos de elaborar o suscribir una imagen homogénea de México. Precisamente, he intentado demostrar que esas representaciones han sido variadas, heterogéneas; que han oscilado, por un lado, entre una serie de estereotipos poco clementes y, por el otro, de imaginarios —no menos míticos que los anteriores— en los cuales

⁵² Por ejemplo: Priestley, *Mexican*, 1924.

⁵³ Smith, *Estados*, 1973.

México y los mexicanos —o ciertos sectores entre ellos— encarnan una inocencia, una pureza o una integridad primigenias. Entre las primeras se encuentran esas percepciones de México como una sociedad inherentemente violenta, incluso fascinada con la muerte; las de una sociedad cuyos sistemas económicos y políticos reeditan tenazmente unas estructuras y unas prácticas rancias y caducas, derivadas muchas de ellas de una «herencia colonial» que se resiste a desaparecer; las de una colectividad étnica o «racial» cuyos comportamientos, formas de ser y manifestaciones culturales poseen duraciones geológicas, ajenas, por ende, a las mutaciones y a la evolución; o las de una especie de «pueblo sin historia» —ya que esta implica evolución y transformación— debido a que su devenir no sería sino la repetición de determinados arquetipos o moldes, una reiteración hasta el cansancio de patrones y de paradigmas comprendidos en un pasado remoto —el tiempo de los *orígenes*— que decreta una esencia. En ciertos textos históricos el tiempo mexicano se transfigura en una «era imaginaria», un transcurrir virtualmente mítico; como mero *ricorsi*, la historia mexicana se configura como un tiempo que *transcurre*, pero cuyos ocupantes, simples criaturas *dolientes* o *salvajes*, permanecen inalteradas, impermeables al *suced*er. Es esta una concepción según la cual los eventos o los procesos son superficiales ya que la *historia profunda*, su sustrato recóndito o esencia, permanece inamovible. Se trata, pues, de una visión que remite a la noción de la *condena*, porque, en efecto, el resultado es una sociedad que, como Macondo, estaría sentenciada no a cien años, sino a una eternidad de anomalías, desaciertos, oportunidades perdidas y desperdiciadas, y realidades petrificadas.

No obstante, México, para los estadounidenses, ha sido varias cosas: en propiedad, ha sido *muchos Méxicos*. Ha fungido, por ejemplo, como espejo en el cual escrutar y confrontar su propia fisonomía, su identidad, sus conflictos, sus contradicciones; asimismo, ha sido un lugar mítico en el cual buscar la Utopía, en el cual proyectar sus esperanzas, sus ensueños, sus ilusiones, sus delirios y sus fantasías. Ha fungido incluso como un espacio en el cual impulsar, ensayar o estrenar esas figuraciones y proyectos utópicos y futuristas que han sido incapaces de infundir o realizar en su propio país. Los años sesenta y setenta del siglo pasado fueron una de esas épocas particularmente propicias para el florecimiento de los imaginarios utópicos, contestatarios y radicales. Entonces, no pocos académicos estadounidenses encontraron en el mundo latinoamericano un ambiente adecuado para expresar sus anhelos y sueños, al menos discursivamente —aunque algunos también le entraron al activismo social y político.



América Latina era uno de esos espacios en los cuales parecía dirimirse el futuro de la humanidad.

La Historia, por supuesto, ocupó un papel determinante en esa pugna por el mañana; lo hizo a su manera: mediante indagaciones acerca del pasado, pesquisas que operaron como escenarios en los cuales representar y simbolizar los trances que enfrentaban tanto los países latinoamericanos como Estados Unidos. Porque si bien la Historia es la búsqueda de unos (imaginarios) tiempos extraviados, es una exploración que efectúa el clononauta usando como brújula y carta de marear sus más profundas inquietudes, que son, en última instancia, las de su época y sociedad. En este texto, precisamente, he pretendido escudriñar una parcela de la historiografía estadounidense sobre América Latina, sondeando sus «búsquedas del tiempo perdido». En ella, México desempeñó —y continúa ocupando— un papel crucial ya que en Estados Unidos hay dos espacios geográfico-culturales que han sido cruciales en definir sus imaginarios sobre América Latina: uno es el Caribe, el otro es México.⁵⁴ Ambos han sido determinantes en constituir los imaginarios del Norte sobre el Sur, han cumplido roles cruciales en tanto que ese «otro espejo enterrado» que, para Estados Unidos, ha sido América Latina.

Bibliografía

- Agamben, Giorgio. *El Reino y la Gloria: Por una genealogía teológica de la economía y del gobierno*. Trad. de Antonio Gimeno Cuspinera. Valencia: Pre-Textos, 2008.
- Anderson, Rodney D. *Outcasts in Their Own Land: Mexican Industrial Workers, 1906-1911*. DeKalb, Ill: Northern Illinois University Press, 1976.
- Barthes, Roland. *El grado cero de la escritura*. Trad. de Nicolás Rosa. México: Siglo XXI/ Librerías Gandhi, 2009.
- _____. *Mitologías*. Trad. de Héctor Schmucler. 14ª ed. México: Siglo XXI, 2006.
- Bauer, Arnold. «Rural Workers in Spanish America: Problems of Peonage and Oppression». *Hispanic American Historical Review*, 59, 1 (1979): 34-63.
- Brunk, Samuel. «Remembering Emiliano Zapata: Three Moments in the Posthumous Career of the Martyr of Chinameca». *Hispanic American Historical Review*, 78, 3 (1998): 457-490.

⁵⁴ Sobre el Caribe, véase: Muñoz, *Fotografía*, 2014.

- Cardoso, Ciro F. S. y Héctor Pérez Brignoli. *Historia económica de América Latina*. Barcelona: Crítica, 1979.
- Carroll, Patrick J. *Blacks in Colonial Veracruz*. Austin: University of Texas Press, 1991.
- _____. «El debate académico sobre los significados sociales entre clase y raza en el México del siglo XVIII». En Velázquez (coord.), *Debates*, 2011: 111-142.
- Chakrabarty, Dipesh. *Provincializing Europe: Postcolonial Thought and Historical Difference*. Princeton: Princeton University Press, 2000.
- Chance, John K. *Razas y clases en la Oaxaca colonial*. 1ª reimp. México: CONACULTA/ INI, 1993.
- Cline, Howard. *Mexico: Revolution to Evolution, 1940-1960*. London/ New York: Oxford University Press, 1962.
- Coatsworth, John H. *Crecimiento contra desarrollo: El impacto económico de los ferrocarriles en el Porfiriato*. Trad. de Julio Arteaga Hernández. 2 vols. México: SEP/ SETENTAS, [ed. en inglés 1981] 1976.
- _____. «Obstacles to Economic Development in Nineteenth-Century Mexico». *American Historical Review*, 83, 1 (1978): 80-100.
- _____. *Los orígenes del atraso: Nueve ensayos de historia económica de México en los siglos XVIII y XIX*. México: Alianza Mexicana, 1990.
- Degler, Carl N. *Neither Black nor White: Slavery and Race Relations in Brazil and the United States*. New York: Macmillan, 1971.
- Durand, Gilbert. *Mitos y sociedades: Introducción a la metodología*. Trad. de Sylvie Nante. Buenos Aires: Biblos, 2003.
- Elkins, Stanley M. *Slavery: A Problem in American Institutional and Intellectual Life*. Introducción de Nathan Glazer. New York: Universal Library, [1959] 1963.
- Engerman, Stanley L. y Eugene D. Genovese (eds.). *Race and Slavery in the Western Hemisphere: Quantitative Studies*. Princeton: Princeton University Press, 1975.
- Escobar, Arturo. *Encountering Development: The Making and Unmaking of the Third World*. Princeton: Princeton University Press, 1995.
- Exposición «Borges en México: Crónica Visual y Literaria». Palacio de Bellas Artes, CdMx, México, 31 de julio-2 de septiembre de 2012.
- Feres, João, Jr. *La historia del concepto «Latin America» en los Estados Unidos de América*. Trad. de Flavio Alfredo Gaitán. Santander: Publican, Ediciones de la Universidad de Cantabria, 2008.



- Foner, Laura y Eugene D. Genovese (eds.). *Slavery in the New World: A Reader in Comparative History*. Englewood Cliffs, NJ: Prentice-Hall, 1969.
- Foucault, Michel. *Las palabras y las cosas: Una arqueología de las ciencias humanas*. Trad. de Elsa Cecilia Frost. 16ª ed. México: Siglo XXI, 1985.
- Friedrich, Paul. *Agrarian Revolt in a Mexican Village*. Chicago: University of Chicago Press, [1970] 1977.
- _____. *Los príncipes de Naranja: Un ensayo de método antropológico*. Trad. de José Luis de la Fuente y Lucía Melgar. México: Grijalbo, 1991.
- _____. «Sanity and the Myth of Honor: The Problem of Achilles». *Ethos*, 5, 3 (1977): 281-305.
- Gadamer, Hans-George. *Mito y razón*. Trad. de José Francisco Zúñiga García. Barcelona: Paidós, 1997.
- Gibson, Charles. *Los aztecas bajo el dominio español, 1519-1810*. Trad. de Julieta Campos. 6ª ed. México: Siglo XXI, [ed. en inglés 1964] 1981.
- _____. *Tlaxcala en el siglo XVI*. Trad. de Agustín Bárcena. México: Fondo de Cultura Económica/ Gobierno del Estado de Tlaxcala, [ed. en inglés 1952] 1991.
- Girardet, Raoul. *Mitos y mitologías políticas*. Trad. de Horacio Pons. Buenos Aires: Nueva Visión, 1999.
- Glazer, Nathan y Daniel Patrick Moynihan. *Beyond the Melting Pot: The Negroes, Puerto Ricans, Jews, Italians, and Irish of New York City*. Cambridge, Mass.: MIT Press, 1963.
- Grimson, Alejandro. *Los límites de la cultura: Crítica de las teorías de la identidad*. Buenos Aires: Siglo XXI de Argentina, 2011.
- Haber, Stephen H. *Industria y subdesarrollo: La industrialización de México, 1890-1940*. Trad. de Lili Buj. México: Alianza, [ed. en inglés 1989] 1992.
- Haber, Stephen H. (ed.). *How Latin America Fell Behind: Essays on the Economic Histories of Brazil and Mexico, 1800-1914*. Stanford: Stanford University Press, 1997.
- _____. (ed.). *Political Institutions and Economic Growth in Latin America*. Stanford: Stanford University Press/ Hoover Institute, 2000.
- Hacking, Ian. *La domesticación del azar: La erosión del determinismo y el nacimiento de las ciencias del caos*. Barcelona: Gedisa, 1995.
- Hamill, Hugh M., Jr. *The Hidalgo Revolt: Prelude to Mexican Independence*. Westport, CT: Greenwood Press, [1966] 1981.
- Harris, Marvin. *Patterns of Race in the Americas*. New York: Norton, [1964] 1974.



- Hart, John Mason. *Anarchism & the Mexican Working Class, 1860-1931*. Austin: University of Texas Press, 1978.
- Keren, Michael. «Biography and Historiography: The Case of David Ben-Gurion». *Biography*, 23, 2 (2000): 332-351.
- Kirk, G.S. *La naturaleza de los mitos griegos*. Trad. de Isabel Méndez Lloret. Barcelona: Paidós, 2002.
- Klein, Herbert S. *Slavery in the Americas: A Comparative Study of Virginia and Cuba*. Chicago: University of Chicago Press, 1967.
- Koselleck, Reinhart. *Futuro pasado: Para una semántica de los tiempos históricos*. Trad. de Norberto Smilg. Barcelona: Paidós, 1993.
- Kuntz Ficker, Sandra. «Sobre el ruido y las nueces: Comentarios al artículo «La representación del atraso: México en la historiografía estadounidense»». *Historia Mexicana*, LIII, 4 (2004): 959-988.
- Lizcano, Emmánuel. *Imaginario colectivo y creación matemática: La construcción social del número, el espacio y lo imposible en China y en Grecia*. Barcelona: Gedisa, 1993.
- Lockhart, James. «Charles Gibson y la etnohistoria del centro de México colonial». *Historias*, 20 (1988): 25-47.
- Mali, Joseph. *Mythistory: The Making of a Modern Historiography*. Chicago: University of Chicago Press, 2003.
- McCloskey, Donald N. *The Rhetoric of Economics*. Madison: University of Wisconsin Press, 1985.
- McNeill, William H. «Mythistory, or Truth, Myth, History, and Historians». *American Historical Review*, 91, 1 (1986): 1-10.
- Mignolo, Walter D. *The Idea of Latin America*. Malden, MA/ Oxford: Blackwell, 2005.
- Mires, Fernando. *El discurso de la miseria, o la crisis de la sociología en América Latina*. Caracas: Nueva Sociedad, 1993.
- Mudimbe, V.Y. *The Invention of Africa: Gnosis, Philosophy, and the Order of Knowledge*. Bloomington: Indiana University Press, 1988.
- Muñoz, Laura. *Fotografía imperial, escenarios tropicales: Las representaciones del Caribe en la revista National Geographic*. México: Instituto Mora/ El Colegio de Michoacán, 2014.
- Novick, Peter. *Ese noble sueño: La objetividad y la historia profesional norteamericana*. Trad. de Gertrudis Payás e Isabel Vericat. 2 tomos. México: Instituto Mora, [ed. en inglés 1988] 1997.



- Pagden, Anthony (ed.). *The Idea of Europe: From Antiquity to the European Union*. Washington, DC/ Cambridge/ New York: Woodrow Wilson Center Press/ Cambridge University Press, 2002.
- Palmer, Colin A. *Slaves of the White God: Blacks in Mexico, 1570-1650*. Cambridge, Mass.: Harvard University Press, 1976.
- Park, James William. *Latin American Underdevelopment: A History of Perspectives in the United States, 1870-1965*. Baton Rouge: Louisiana State University Press, 1995.
- Paz, Octavio. *El ogro filantrópico: Historia y política, 1971-1978*. Barcelona: Seix Barral, 1979.
- Pike, Frederick B. *The United States and Latin America: Myths and Stereotypes of Civilization and Nature*. Austin: University of Texas Press, 1992.
- Priestley, Herbert I. *The Mexican Nation, A History*. 1ª reimp. New York: The Macmillan Company, [1923] 1924.
- Reed, Nelson. *The Caste War of Yucatan*. Stanford: Stanford University Press, [1964] 1979.
- Rist, Gilbert. *The History of Development: From Western Origins to Global Faith*. Trad. de Patrick Camiller. London & New York: Zed Books, 1997.
- Ronzón, José y Carmen Valdez (coords.). *Formas de descontento y movimientos sociales, siglos XIX y XX*. México: UAM-Azcapotzalco, 2005.
- Ross, Dorothy. «Grand Narrative in American Historical Writing». *American Historical Review*, 100, 3 (1995): 651-677.
- Said, Edward. *Orientalism*. New York: Vintage, 1979.
- San Miguel, Pedro L. *Crónicas de un embrujo: Ensayos sobre historia y cultura del Caribe hispano*. 2ª ed. San Juan: Ediciones Callejón, 2016.
- _____. «Descontento, protesta y resistencias subalternas: Un contexto historiográfico». En Ronzón y Valdez (coords.), *Formas*, 2005: 205-236.
- _____. «Pensar desde la historia, historiar desde el pensamiento». *El Amauta* (Revista electrónica del Programa de Estudios Iberoamericanos, Universidad de Puerto Rico-Arecibo), 4 (2007). http://amauta.upra.edu/vol4/vol4investigacion/vol4_pensar_desde_la_historia.pdf
- Sedláček, Tomáš. *Economía del bien y del mal: La búsqueda del significado económico desde Gilgamesh hasta Wall Street*. Trad. de Adolfo García de la Sienna. Revisión Técnica de Alfonso Ávila del Palacio. México: Fondo de Cultura Económica, 2014.



- Smith, Robert Freeman. *Los Estados Unidos y el nacionalismo revolucionario en México, 1916-1932*. Trad. de Ernesto de La Peña. México: Editorial Ex-temporáneos, [ed. en inglés 1972] 1973.
- Spiegel, Gabrielle M. *The Past as Text: The Theory and Practice of Medieval Historiography*. Baltimore: Johns Hopkins University Press, 1997.
- Tenorio Trillo, Mauricio. *Argucias de la historia: Siglo XIX, cultura y «América Latina»*. México: Paidós, 1999.
- Todorov, Tzvetan. *El miedo a los bárbaros: Más allá del choque de civilizaciones*. Trad. de Noemí Sobregués. Barcelona: Galaxia Gutenberg/ Círculo de Lectores, 2013.
- Velázquez, María Elisa (coord.). *Debates históricos contemporáneos: Africanos y afrodescendientes en México y Centroamérica*. México: INAH [et al.], 2011.
- Womack, John, Jr. «Oklahoma's Green Corn Rebellion: The Importance of Fools». Tesis de Bachillerato [Licenciatura], Harvard University, 1959.
- _____. «Oklahoma's Green Corn Rebellion: The Importance of Fools». Manuscrito inédito, Biblioteca de la Universidad de Oklahoma, 1961?
- _____. *Zapata y la Revolución mexicana*. Trad. de Francisco González Aramburo. 24^a ed. México: Siglo XXI, 2000.

